



#100MARCELINO

29 DE OCTUBRE

AUDITORIO MARCELINO CAMACHO
CALLE LOPE DE VEGA, 40, MADRID



MANIFIESTO DEL PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE **MARCELINO CAMACHO**

El pasado 27 de enero, en el auditorio de CCOO de Madrid que lleva su nombre, coincidiendo con la fecha de su nacimiento en 1918, iniciamos un año de actividades para conmemorar la trayectoria personal, sindical y política de Marcelino Camacho. Hoy 29 de octubre de 2018, fecha en la que hace 8 años falleció, cuando este centenario encara su recta final, en el mismo simbólico lugar, presentamos el Manifiesto 100x100 Marcelino, con el que las organizaciones en las que militó CCOO, PCE e IU y su familia queremos dejar constancia de la actualidad de su legado.

Marcelino Camacho es popularmente conocido y será mayoritariamente recordado en la Historia de nuestro país como el dirigente obrero que luchó contra la dictadura franquista y fundó CCOO, sindicato del que fue su primer secretario general; por los años de cárcel o por su paso por el Parlamento en las primeras Cortes democráticas como diputado del partido comunista. Marcelino será recordado como aquella persona sencilla y honesta de vida tan humilde como honrada y por los eternos jerseys de punto que tejía alguien fundamental para él, su compañera de vida y militancia, Josefina.

Visto desde la distancia que dan, el tiempo, los cambios sociales y generacionales, existe la tentación de reducir a Marcelino a esa descripción de reseña biográfica propia de enciclopedias o de notas de prensa que glosan de forma apresurada su figura.

Quedará esto, que es mucho. Pero no es suficiente.

No es suficiente para hacer justicia a una persona a la que el paso del tiempo no ha hecho más que engrandecer.

Para quienes abrazamos los valores de la izquierda transformadora Marcelino Camacho representa como nadie al hijo de clase obrera en un tiempo y en un país en los que los de abajo no tienen nada que perder.

Marcelino es ejemplo del obrero con conciencia de clase, esa condición indispensable para que un trabajador se convierta en sujeto de transformación social, según Marx.

Conciencia de su condición; conciencia de la injusticia social que le rodea; conciencia de que esa injusticia es fruto de un sistema, el capitalista, que se fundamenta en “la explotación del hombre por el hombre” y que por ello es intrínsecamente injusto; conciencia de que hay que superar este sistema si se aspira a una sociedad donde impere la igualdad y la justicia.

Marcelino es ejemplo de aquellos a los que la toma de conciencia les lleva ineludiblemente a adoptar un compromiso de lucha que, en su caso, marcará toda su vida. Ejemplo de aquellas personas para las que vida y lucha son una misma cosa en un tiempo y un país en la que la expresión de la lucha de clase era cruda y violenta

Marcelino también es ejemplo de aquellos trabajadores y trabajadoras que fruto de su toma de conciencia hacen un esfuerzo constante y permanente, superando todas las dificultades materiales y de forma autodidacta, para dotarse de los conocimientos necesarios para interpretar el mundo en el que les ha tocado vivir.

En definitiva, Marcelino es ejemplo de aquellos “que no son nada y todo han de ser” a los que se refiere la Internacional, de aquellos que se rebelan contra la injusticia y luchan por una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales.

Las nuevas generaciones también pueden fijarse en la carga épica de su trayectoria vital, sin ver más allá. Es comprensible porque la tiene: orígenes humildes, supervivencia en condiciones de pobreza, sabotaje de un tren del ejército franquista, incorporación al ejército republicano en la defensa de Madrid, militancia comunista, campos de concentración, fugas, exilio, regreso a España a pecho descubierto, lucha obrera, construcción del que hoy es el primer sindicato del país, las CCOO, represión y cárcel...

Pero, es necesario insistir, la épica de su trayectoria no se entiende sin la ética de su compromiso.

Ética que supone asumir los valores de la justicia social, actuar en consecuencia luchando por ellos y llevar una vida acorde con los mismos.

Quedarnos con la visión épica comporta el riesgo de pensar que su trayectoria se explica únicamente por el tiempo y las condiciones en las que le tocó vivir y lleva, aunque sea involuntariamente, a considerar que estamos hablando de una figura y de una manera de interpretar el mundo y de actuar superadas por la Historia, como si de una pieza de museo se tratase.

La mirada desde la ética de su militancia obrera, por el contrario, nos permite entender la trayectoria de hombres y mujeres que lucharon en los tiempos más difíciles y que no dejaron de hacerlo cuando éstos cambiaron; nos permite entender a gentes que se enfrentaron con todas las consecuencias a la dictadura, que siguieron luchando para traer la democracia a nuestro país y que continuaron haciéndolo para dotar a ésta del contenido social que la acercase a la sociedad más justa e igualitaria que se anhelaba.

Nos permite entender que la democracia en España no fue un bien otorgado desde poderes institucionales en una suerte de despotismo ilustrado, sino fruto de las luchas sociales y fundamentalmente obreras protagonizadas por personas vinculadas a la izquierda social y política y particularmente al PCE y a las CCOO.

Nos permite entender que la Constitución del 78, pese a los síntomas de agotamiento que presenta después de cuarenta años y a su necesaria reforma, fue el resultado de una determinada correlación de fuerzas y que hubo que defenderla, de nuevo con la movilización, ante las intentonas involucionistas de los que añoraban el antiguo régimen.

Nos permite entender cómo se pasó del Estado corporativo y paternalista propio del franquismo al Estado social y democrático que, con sus limitaciones e imperfecciones, nos homologó a los países de nuestro entorno, cómo se tejieron las redes de protección social; cómo se asentaron los pilares de una educación y una sanidad pública universales. Basta con recordar los índices de analfabetismo que teníamos en 1975, cuando murió el dictador golpista y los que tenemos ahora y cómo era la atención sanitaria entonces y cómo es ahora que goza de un prestigio internacionalmente reconocido a pesar de los recortes y privatizaciones.

Nos permite entender nuestro tiempo y a nosotras y nosotros mismos.

En definitiva, la mirada desde el compromiso ético acerca la lucha de Marcelino a nuestros días y pone en valor un bien escaso en los tiempos actuales.

Tiempos en los que la crudeza de la lucha de clase ha adoptado formas más sutiles y posiblemente más difíciles de identificar, donde los mecanismos de explotación y dominación son menos evidentes y más sofisticados. Pero que hayan cambiado no quiere decir que hayan desaparecido

La crisis sistémica que se desencadenó en 2008 y las políticas neoliberales promovidas desde instituciones supranacionales como la Unión Europea, que la han gestionado, han vuelto a poner de manifiesto el verdadero rostro del capitalismo.

Una nueva crisis económica internacional de efectos más duraderos y devastadores que las anteriores, que sembró el pánico incluso entre destacados estadistas internacionales o dirigentes empresariales que llegaron a pedir “refundar el capitalismo” o ponerlo “entre paréntesis”, se ha vuelto a enfrentar forzando una ingente transferencia de rentas del trabajo a rentas del capital.

Una transferencia de rentas de tal envergadura solo se podía conseguir destruyendo empleo, depri miendo los salarios o bajándolos directamente, o detrayendo recursos financieros de las prestaciones y servicios públicos. Con esa finalidad se impusieron la reforma laboral o la de pensiones y con ese objetivo se fijó la política presupuestaria.

Imponer medidas tan violentas y contener la movilización social que provocan requiere de un endurecimiento de las medidas coercitivas del Estado, con el consiguiente incremento de la represión y de la limitación de las libertades. Siempre ha sido así a lo largo de la historia del capitalismo y así ha sido en nuestro país. Eso explica la ley mordaza y la reforma del código penal criminalizando el ejercicio de derechos fundamentales que ha supuesto, por ejemplo, el procesamiento de más de 300 sindicalistas por participar en las Huelgas Generales convocadas contra estas políticas.

Las consecuencias son conocidas por todos y todas porque todos y todas las sufrimos.

Paro, caída salarial, empleo precario y de bajos salarios, devaluación de las prestaciones y pensiones públicas, deterioro de la educación y de la sanidad pública, limitación de acceso a la sanidad, inaplicación de la Ley de dependencia...

Socialmente tenemos un país más pobre, agudizándose una situación que creíamos superada como es la pobreza infantil y creándose una nueva figura como los trabajadores y trabajadoras que aun

teniendo empleo sus miserables ingresos los colocan por debajo del umbral de la pobreza. Tenemos una sociedad donde se ha recrudecido la explotación de mujeres y de jóvenes a los que se les ha condenado al exilio económico para sobrevivir presentándolo como “turismo laboral” según una devota ministra de empleo. Vivimos en una sociedad con menos derechos laborales y sociales en la que se persigue la libertad de expresión y de huelga. Vivimos en una sociedad que sufre un profundo deterioro institucional y de la acción pública, corroídas por la corrupción. Vivimos en una sociedad en la que se ha extendido el germen del racismo y la xenofobia que tiene una de sus expresiones más visibles en el crecimiento de las expectativas electorales de formaciones neofascistas en toda Europa, y también en España, y del que se contagian toda la derecha nacional.

En una década se ha devaluado lo que personas como Marcelino, las que lucharon con él y como él y las que cogieron su relevo, contribuyeron a construir en las tres anteriores. La Huelga General del 14 de Diciembre de 1988, de la que este año se cumple el treinta aniversario, fue un punto de inflexión determinante para la conquista de los derechos que en estos últimos años se han sometido a un sistemático y progresivo deterioro.

En estas condiciones vuelve a cobrar toda su vigencia la ética militante de la que Marcelino es uno de sus máximos exponentes contemporáneos.

En tiempos de pensamiento débil en los que la acción política se ha degradado hasta convertirla en un espectáculo vociferante, chillón y vacío, reconocerse en los valores de la izquierda transformadora que junto a tantas personas representa Marcelino y reivindicar su vigencia y actualidad es mucho más que un homenaje nostálgico de quienes están sumidos en la melancolía.

Tomar conciencia de nuestra condición, interpretar las causas últimas de la injusticia social, aspirar a una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales, y luchar, no un día sino toda la vida, por ellos, sabiendo interpretar, en cada momento, la realidad que queremos cambiar para adecuar convenientemente las formas de lucha, no es un ejercicio trasnochado y superado por la “historia” sino una necesidad imperante para todos y todas las que compartimos que hay “que hacer del pasado añicos y cambiar el mundo de base”

Marcelino Camacho, Josefina Samper, ... **SIEMPRE.**

CIEN POR CIEN MARCELINO.

